

en flor, y señalando en el espacio el sitio en que hacía rato se perdía la luz de sus enamoradas pupilas:

—¿Vés aquellas dos estrellas lejanas, cuyo brillo se confunde y en instantes hace dudar á nuestros ojos si son dos astros ó uno solo los que despiden tan hermosos cambiantes? pues no dudes, amigo mío, así se confunden en lo infinito nuestras dos almas! Lo siento aquí— y se llevó la blanca mano sobre el corazón.

—Nos van á separar—continuó—más pronto de lo que yo esperaba!

Y los sollozos ahogaron su voz.

Yo entonces desbordé mi alma en tiernas promesas, y concluimos, como siempre, con un efusivo apretón de manos, como ratificación de nuestros juramentos.

Pero yo ví brillar en esos momentos otros diamantes más puros que los del firmamento: los que heridos por el fulgor de las estrellas formaban el rocío de su alma sobre el fondo oscuro de su ardiente pupila. ¡Oh, Dios! Desde aquel instante, Adelaida quedó encarnada para mí, de manera simbólica, en aquellos astros lejanos, y cuando ahora en las noches serenas levanto la vista al firmamento y mis ojos los descubren eternamente brillando, como flores del cielo, una visión apocalíptica surge luego ante mi alma: ¡aquella virgen inspirada, doliente y enamorada.

¿Sería Adelaida una vidente?

XXVI.

Fragmentos de mi diario.

Autlán, 17 de septiembre.

¡Qué día tan triste! Adelaida expresa una indiferencia absoluta por todo cuanto apasionaba y hacía latir su corazón. No obstante, es víctima de perplejidades que me asustan. En su mirada triste creo adivinar mudas reprensiones. Parece decirme de manera desgarradora: “Mis penas las causas sólo tú, amor de mi vida!”

26 de septiembre.

Hoy. estuvo sola á mi lado tres veces. No me ha dirigido la menor queja. . . . Sus miradas, al encontrarse con las mías se desmayaban de tristeza; flotaban un momento á mi derredor y se iban á

perder después en el espacio azul ¿hacia donde caminaban? ¡Tal vez en pos de mi obscuro destino!

Y aquellos hondos suspiros que se exhalaban dolientes como un lamento, ya no llegan hasta su labio; ya es imperturbable su oculto dolor; ya todo cuanto la rodea, aparece á sus ojos indiferente!

¡Ah! pobre de tí, mi virgen mártir! ¡Pobre de mi corazón!

4 de octubre.

He creído conveniente darle á conocer la marcha de mis asuntos y los proyectos que me forjo para el porvenir. Esta mañana, le dije:

—¡Cuando termine mi carrera literaria, que yo abreviaré todo lo posible, volveré á establecerme en este valle ignorado y delicioso. . . . aquí, donde se deslizó tranquila nuestra infancia, donde nacieron y se fijaron nuestros dulcísimos ensueños, donde por primera vez he sido feliz sobre la tierra y donde respiras tú, vida de mi alma! y, ¡cual será mi dicha al constituirte en la reina absoluta de mi hogar, en la compañera inseparable de mi vida! ¡de mi vida ya ilustrada, ennoblecida con la adquisición de un renombre, de un título científico que será el único lauro que ambiciono colocar á tus plantas para ser digno de tí y poder merecerte! Entre tanto, cualesquiera que sean los años que se interpongan forzosamente entre este instante y el final de nuestra ventura, siempre estaremos unidos con el alma á pesar de la distancia; nos escribiremos todos los días, y periódicamente seremos aún más dichosos todavía con volvernos á ver. Yo no te olvidaré ni un momento, y tú me llevarás en tu corazón y en tu memoria y siempre pensarás en mí, ¿no es verdad, virgen hechicera? ¡El amor que ata nuestras existencias no es un lazo que puedan romper el tiempo ni la distancia!

—¡Ah! sí—me ha contestado con voz solemne y conmovida— ¡vendrás á verme seguido. . . . cada año, ¿no es cierto? Vendrás á pasar las vacaciones á nuestro lado, y serás. como siempre. . . . para mí.

Se ruborizó hasta el extremo, y antes de terminar la última frase se vió acometida por un desbordamiento de llanto que me costó trabajo calmar.

Hay que evitar en lo sucesivo ciertas explicaciones desgarradoras, y me arrepiento de haberla conmovido con este exceso de franca intimidad.

10 de octubre.

Todavía hoy la gravedad de la conversación que tuvimos hace seis días, se refleja en su rostro velado por la tristeza. Una ansiedad creciente reclama por momentos su turno á la taciturna melancolía y luego á la meditación más reconcentrada.

¡6 de diciembre!

Héme ya en la víspera de mi viaje tan soñado, tan debatido y para ella tan doloroso, tan fatal y tan temido! Esta tarde, cuando el sol moría he ido por última vez á empapar me en la vida silenciosa de su risueño hogar. Penetré en su habitación, para saturarme del inexplicable perfume de los recuerdos. Todo estaba triste y sombrío y experimenté una angustia cruel. . . . ¿será que no volveré nunca? . . . A la caída de esta última noche, en el hogar paterno, todo lo miro con tristeza abrumadora; yo no sé lo que presiento, pero es muy extraño el fin de esta etapa de mi vida. Siento el corazón atrocemente oprimido, y en mi memoria todo huye y se desvanece muy de prisa; toda mi adolescencia va á perderse entre las brumas silenciosas del pasado, y una raya final traza la mano del destino sobre mis dichas de ayer. Me pierdo en un mar de zozobras. ¡Dios mío! . . . ¿Mañana qué será de mi Adelaida? . . . ¿De mi vida, qué será?!

XXVII.

El siete de diciembre, á la hora en que el disco del sol, rojo como sangre y prolongado por la refracción, iba á desaparecer detrás del horizonte, yo salí de Autlán, experimentando los más vivos tormentos al abandonar la casa paterna, dulce asilo de mi niñez tranquila y santuario augusto de mis afecciones más santas, más puras é imperecederas. El amor al suelo natal surgió en aquellos instantes, en mi alma ya destrozada, poderoso, desgarrador é irresistible. Un torrente de lágrimas inundó mis ojos, despedazando mi corazón la cruel angustia al sentir cómo iban á relajarse los vínculos que me unieron á aquellos sitios, mudos, pero fieles testigos de mis primeras impresiones de la vida. ¡Oh, qué sensible es para el alma un primer viaje! ¡Qué terrible la separación de nuestra familia! y qué dolorosas las emociones que nos agitan cuando presentimos que vamos á perder, quizás para siempre, todo lo que hemos amado!

Al salir de la población, tomé el camino que conducía á la finca de campo donde se hallaban mis primas, y serían las ocho de la noche cuando llegamos mi mozo y yo á la hacienda de la Herradura,

distante como unos siete kilómetros de aquella. La luna, que había entrado en su lleno, tres días antes, no salía aún, pero ya el horizonte se argentaba con esos matices suaves y pálidos que bien podrían llamarse el alba lunar. En el zenit, las constelaciones de Andrómeda y Perseo resplandecían en todo su brillo, y en la vasta extensión de la llanura sólo se percibían esos mil ruidos extraños que forman en concierto el misterioso silencio de la noche.

Resolví pernoctar allí, y nos alojamos en una humilde choza; pero me fué imposible dormir. Toda la noche me atormentó la idea del dolor que iba á causar á Adelaida. ¿Por qué no habrá querido el Omnipotente que el hombre disfrute de placeres puros y completos sobre la tierra? ¡Con qué alborozo iba á gozar de la presencia de mi amada; pero sin dejar por eso de sufrir con las torturas de la separación! ¡Siempre flutuando entre dos sentimientos contrarios; siempre con el alma tiranizada por el combate de opuestos pensamientos!

Serían las dos de la mañana cuando me levanté impaciente, tratando de medir con la imaginación calenturienta el espacio que era preciso recorrer para hallarme al amanecer al lado de Adelaida, porque el corazón enamorado no estima las distancias como ellas son en sí, sino que las forja á la medida de sus deseos. La luna se había elevado ya lentamente en el cielo, y se ostentaba como hostia inmensa, llegando á dominar y á bendecir el mundo dormido. Todo á nuestro derredor era quietud y silencio.

El mozo ensilló los caballos, y nos pusimos en marcha.

XXVIII.

El canto onomatopéyico del cuco, ese gran egoísta que se deja oír cerca de los sitios habitados, pero que no se vé nunca, arrulló con su monotonía la efervescencia de mis embrolladas lucubraciones, durante el trayecto.

Cuando llegamos, aún no serían las cuatro de la mañana. La luna brillaba como si fuera de día; Venus empezaba á elevarse por el Levante, y el rojo Marte, entonces muy deslumbrador, se encendía en lo bóveda celeste como una pupila de fuego, como un rubí de valor inestimable, engastado en la cúspide de una elevada montaña que limitaba el horizonte por el Suroeste. En medio de aquella espléndida naturaleza, el cielo y los astros rivalizaban en magnificencia y limpidez, y la tierra, allí, en aquel nido apacible de la laboriosidad y de la honradez, les ofrecía en la cinta de plata con que ceñía sus contornos, en las aguas cristalinas del riachuelo que fertilizaba la campiña, el mejor espejo en que jamás hayan reflejado sus imágenes sorprendentes.

Un dulce perfume de follaje nuevo y de hierba fresca y húmeda

subía por la atmósfera como un incienso primaveral. Todo el ambiente estaba saturado de juventud lozana, de vida exuberante y de dicha, y cuanto me rodeaba, impresionaba mis sentidos al través de la pasión que me dominaba. Sí, porque las pasiones humanas son vidrios maravillosos, que con sus diversos colores, rojos, azules, amarillos, violáceos ó verdes, todo lo tiñen y lo cambian ante la imaginación del ser que las experimenta; y aún la misma naturaleza, en su aparente impasibilidad, se plega dócil á las variantes psicológicas del mundo pasional. Por eso alguien ha dicho que ella es en todo semejante á esas grandes sinfonías del arte moderno que cada uno comprende á su manera.

La claridad fué poco á poco aumentando, y tiñeron el Oriente algunas pinceladas rojas, matizando ligeramente las alturas. El telón de las nubes, prendido en la cima de los montes, se levantó lentamente para descubrir la vasta decoración del fondo. A las cuatro, empezaron los objetos á sumergirse en la luz crepuscular, y la pálida diafanidad del alba sonrosó las nubes. Todo anunciaba un día espléndido, uno de esos hermosos días otoñales que son como la última despedida de la estación calurosa.

XXIX.

Entre tanto la campiña permanecía silenciosa y sus habitantes entregados todavía á las delicias del sueño reparador. Nos apeamos al pié de un frondoso camichín, atamos las caballerías á su tronco y nos tendimos sobre la menuda hierba, á esperar el día. A los pocos instantes un cenontli, el orfeo de nuestras florestas, el cantor por excelencia, desató su arpada lengua, y con notas agudas, claras y vibrantes dejó oír su canción límpida y pura, ora lanzando fantásticas modulaciones á las estrellas, ora improvisando melancólicas cadencias á la compañera de su nido, ora matizando de mil diferentes ritmos y gorgoros su monólogo cautivador, epinicio sublime al astro rey, como vencedor ignipotente de los marasmos enervantes de la obscura noche.

Media hora después, el clamoreo de los humildes labradores entonando el *alabado*, esa salutación cadenciosa y primitiva de las almas sencillas hacia el adorable Autor del Universo; esa queja semi-ahogada del creyente, que á nadie más que á Dios quiere llegar; ese grito resignado del alma cristiana que toma por confidente de sus cuitas, en el santuario de la naturaleza, á la luna y á las estrellas; esa armonía dulcísima llegaba á mis oídos, sonora, clara, distinta, hasta que un soplo de la brisa matinal se la llevaba de repente, y sólo se percibía entonces el acorde vago de una melodía lejana que parecía ir á perderse, con sus trémulas notas, hasta los confines de la bóveda

celeste. Pasado un instante, el arpegio cadencioso de las voces se desligaba del confuso torbellino que lo había atenuado, y de nuevo, cada una, con su tonalidad propia, acentuada y precisa, ocasionaba á mi excitado corazón, la sensación dulcísima que produce una entusiasta bienvenida al llegar al umbral del paraíso, donde respira la virgen inmaculada de nuestros púdicos amores. ¡Oh, qué canto tan puro y tan consolador!

XXX.

Antes de las seis, el día tomó posesión absoluta de su imperio, con esa transformación instantánea peculiar de los países meridionales, donde no son prolongadas, ni muchas veces distintas, las luces de la aurora y los tonos cambiantes del crepúsculo. Los rayos solares atravesaron las sutiles capas de la atmósfera, y el astro de oro se elevó por el Oriente con soberana rapidez. Bañó el horizonte en un momento, con sus matices fulgurosos, en los que campeaban las excelencias del rojo, desde la opacidad de la roca hasta el escarlata del acero encandescido, y desde la vivacidad de la hoguera hasta el brillo centellante del rubí, cuyas delicadas facetas son heridas por la luz espléndida del pleno día. El cielo así lleno de claridad, tomó luego un color gris de plata, porque la intensidad de la luz febea amortiguó el zafirino azul del firmamento.

El tiempo se presentaba magnífico, y aquel retiro campestre era de lo más hermoso que puede imaginarse. A uno y otro lado del camino alzábanse las matas del rosal silvestre, entre las cuales se vislumbraban las enredaderas perennes y una variedad incontable de flores y de hierbas odoríferas, mirto, albahaca, sérpil, manzanilla y romero, todas esas especies saludables de la flora meridional; copudos árboles, frondosas yedras tendidas á lo largo de las cercas de piedra que dividían las heredades, y las sabanas cubiertas con un manto de encarnados girasoles; y sembradas entre el follaje, aquí y allá, las casucas humildes y las miserables chozas de los labriegos, semejan-do blancos cisnes las unas, y cenicientos pavos las otras, que hubieran posado su vuelo en aquesta fronda deliciosa.

Las plantas, en su completo desarrollo, inundaban el ambiente de acres y fuertes aromas que al ser aspirados, dilataban los pulmones con saludable y gratísimo deleite, á la par que la vista se recreaba en un paisaje encantador, admirando cómo sobre la alfombra de flores rojas, azules, blancas y amarillas, revoloteaban en locos giros las mariposas, esas elegantes florecillas de los aires, y cómo los tornasoles y brillantes colibríes, esas otras flores celestes, como les llaman los indios, al libar con gracia infinita la rica miel en el cáliz de las rosas, semejaban besos errantes buscando ansiosamente los labios amados.

Una alegría inmensa se difundía por el espacio; palpitaciones de

vida, que la esperanza y el amor hallaban en el seno de la naturaleza, pues todo allí respiraba el goce tranquilo, la apacibilidad inocente y la felicidad sencilla. Yo, aunque no había visto á Adelaida, ya todo me hablaba de ella: las flores al ostentar la lozanía de sus corolas; el aura al columpiar coqueto las empinadas guías de las madreselvas y jazmines; la alborada con sus frescas y dulces emanaciones; la ola emergente y rumorosa que desde las encumbradas ramas resbalaba tibia y perfumada hasta el menudo cespéd; la luz purísima de aquella aurora inenarrable, y en fin, la voz íntima, cadenciosa y arrulladora con que la creación celebraba aquella vez el espectáculo grandioso del día, abriéndose paso resueltamente por en medio de los misteriosos cortinajes de la noche, para llegar á imprimir su ósculo de fuego sobre la frente de su amada, la tierra.

XXXI.

Cuando juzgué que mis primas se habían levantado ya, volví á montar á caballo y me dirigí á su albergue. Era la casa principal de toda aquella agrupación, y se elevaba en el extremo Oriente Norte de un paralelogramo, mitad huerto y jardín y mitad dehesa, según las costumbres agrícolas de la localidad, tan antiguas como las prescripciones higiénicas aureoladas por la sanción divina, y tan beneficiosas como las garantías de pureza, de independencia y de felicidad doméstica que allí se disfrutaban con holgura é inalterabilidad. Una rústica puerta de golpe daba acceso al jardín, y pasando el jardín, se llegaba á las habitaciones.

Al echar pié á tierra y entregar á mi mozo las riendas de la cabalgadura, Laura, que discurría por el jardín, dió un grito de alegría al verme y corrió precipitadamente á dar aviso á sus hermanas. En el acto aparecieron por el postigo de una ventana los rostros sorprendidos de Adelaida y Arabela.

Nadie me esperaba allí; más aún, toda la familia estaba segura de que Adelaida y yo no nos volveríamos á ver antes de mi viaje. Precisamente para evitarle el dolor de esta última despedida, era por lo que habían interpuesto la distancia de unos cuantos kilómetros de tierra, como barrera insuperable entre nuestros corazones. ¡Débil barrera que entonces destruyó mi anhelo, porque para el amor son impotentes los diques de la precaución y la prudencia! ¡Se desborda, como todo lo que es omnipotente!

Las tres salieron á recibirme hasta á medias del jardín, y en fogoso tropel se arrojaron en mis brazos. Me estrecharon á un tiempo con efusión dulcísima, y se entregaron á los más vehementes transportes de su acendrado cariño. Me asediaron á preguntas y se deshicieron en quejas al considerar que no había ido á verlas más que para abandonarlas en seguida y quizás para siempre.

Penetramos á la pieza que les servía de dormitorio; una alcoba sencilla á la que daba vaporosa luz una ventana encuadrada de fragantes madreselvas y níveos jazmines, ¡qué santuario tan humilde, pero tan coqueto, tan cándido y tan hermoso! Sus tres lechos, como albos cisnes; un pequeño tocador con su lavabo, y en el centro de la pieza, una mesa sobre la que había libros y un album, las únicas distracciones en aquel retiro: un entretenimiento para burlar en algo la lentitud de las horas, y un sustento para alimentar el alma y fortalecerla contra las impacencias del deseo, en medio del silencio y de la calma de aquella campestre mansión.

XXXII.

Los primeros instantes fueron naturalmente de aturdimiento y de pasmo. Arabela paseaba su mirada inquieta de mis ojos á los de Adelaida; ésta, visiblemente conmovida, no sabía expresarme su amor, su regocijo y su ternura más que con la mirada profunda de sus ojos, y Laura, menos concedora de la vida y por lo mismo más libre de torturas, respiraba á pulmón lleno las alegrías del momento, y era sin duda entre nosotros la más feliz, puesto que no le agitaba ningún sentimiento transcendental. Ella fué la que reflexionó que aun no nos habíamos desayunado, y salió luego á disponerlo todo violentamente y con premura.

Mientras que Arabela se ocupaba en detallarme los entretenimientos y las inocentes distracciones de su vida campestre, Adelaida que vestía de negro, de rigoroso luto, pues hasta en las pequeñas orejas llevaba perlas negras de delicioso oriente, se acercó al tocador, deshizo las dos trenzas de su blondo pelo y dos robustas matas cayeron sobre su espalda como oscuras serpientes muy gruesas y pesadas; en seguida se las arregló artísticamente en lo alto de la cabeza, y con aquel sencillo peinado, su perfil recto y su faz descolorida, envuelta en eterno duelo, semejaba una virgen romana ó una estatua de la desolación en movimiento. Se paró en medio de la alcoba, con la frente erguida, las ojos desmesuradamente abiertos y las manos apoyadas en las curvaturas del torso, sin más coquetería que la de la inocencia en el olvido de su propia belleza y en el abandono de su honestidad inmaculada. En aquella actitud de Canéfora, que ostentaba sobre su cabeza encantadora una doble magestad, la del amor y la de la tristeza, con su sonrisa dulce, pero yo no sé como plegada con un dejo amargo de inmensa pena, y la gallardía natural de su silueta virgen; en aquel instante, la anhelada y esplendorosa mañana del día predestinado á la felicidad de nuestras almas, ella aparecía á mis ojos vencedora é irresistible por su candor de verdadera juventud, y por su tristeza virginal. Tanto, que olvidándome del desgarrador objeto que me llevaba á su lado y de los sueños de ambición y gloria que me forzaban á abandonarla, codicié que aquel minuto de

éxtasis hubiera tenido la duración de una eternidad para que aquella niña hechicera fuese la ventura completa de toda mi vida.

Mí alma recibió de manera indeleble la influencia encantadora de aquella virgen y de aquel sitio primoroso. En lo sucesivo, al pensar en Adelaida, así era como debía volver á verla siempre en mis recuerdos!

Un perfume embriagador, lleno de enervantes olores se esparcía por toda la estancia. Yo aspiré con fruición aquel aroma delicioso, que jamás ni en parte alguna he vuelto á gustar.

Entre tanto, Laura había vuelto á decirnos que el desayuno estaba servido. Vestía un traje claro, cuyos adornos rodeando su delgado cuerpo, parecían acariciarla, haciéndola aparecer en medio de una nube vaporosa de encajes blancos. Un ramo de mirtos prendido sobre su seno, semejando rutilante sangre saliendo de una herida, hacía resaltar más la extrema palidez que dominaba en su semblante, como un sello de vaga tristeza que imprimía mayor solemnidad á nuestra despedida.

Pasamos al comedor que era una pieza cuadrangular con dos ventanas al jardín. La luz matinal, entrando de lleno, la iluminaba por completo. Arabela me tomó de una mano y me llevó á una de las ventanas para que admirase de cerca la hermosa variedad de flores que cultivaban en el jardín. Del otro lado se me acercó Laura; entonces Adelaida, temblorosa, con el corazón oprimido, tan pálida como una muerta, se dirigió al grupo de sus bellísimas hermanas. Me olvidé de cuanto nos rodeaba y al verla venir hacia nosotros, envolví aquella espléndida realización de la belleza, de la juventud y de la gracia, con una mirada ardiente, casta y apasionada, que equivalía á una última caricia engendrada por el amor y la piedad.

Arabela parecía serena, pero se hallaba hondamente conmovida; no miraba la tierra; sus grandes ojos, muy lánguidos y abiertos, brillando en un rostro velado por la angustia, casi demacrado y enfermizo, se perdían en el abismo azul del espacio, tan puro y tan profundo que se avivaba en vez de atenuarse ó de palidecer á aquella hora, pues ni una nube cruzaba ya el cielo, invariable como la eternidad. Una languidez mórbida y seductora parecía desprenderse de aquella joven, y en sus miradas soñadoras había demasiados desmayos y todo un mundo de recuerdos queridos.

Pasaron las horas con la rapidez de un minuto, y toda nuestra entrevista fué, lo que debía ser entre seres que se adoran, que se estiman mutuamente y que se hallan reunidos quizás—y lo saben ó lo presienten—por última vez en la vida: un cambio de acendrada ternura, de dolor ingenuo y de sublime resignación.

XXXIII.

Serían las diez de la mañana. Hice un esfuerzo sobrehumano; me puse en pié, y les dije:

—¡Hermanas mías! . . . ha llegado el momento! ¡Un abrazo, y que Dios haga que un día nos volvamos á ver! . . .

Ella estaba abatida, anonadada; Arabela y Laura, tristes y desazonadas; yo, nervioso hasta el extremo, sin poderme contener apenas.

Nos mirábamos sin decir una palabra. El estupor profundo que precede á todo suceso infausto, se había enseñoreado de mi espíritu, incapaz de todo raciocinio y de toda idea que no fuera la penosa sugestión de aquel adios afflictivo y tremendo. . . . ¡Qué instante! Mudos, sombríos, paralizados por la angustia; con la respiración incompleta; sin más vida que la que se reconcentraba en los ojos preñados de lágrimas y desmesuradamente abiertos, tal vez para fotografiar eternamente las angustias de aquel minuto de pena infinita, acaso para escudriñar los secretos del futuro ignoto entre los pródromos de aquella morbosidad inevitable de nuestras almas doloridas; así permanecemos todavía unos segundos. Al fin, despedazando mi corazón, extendí hacia ellas los brazos, y arrojándome en medio de aquel grupo desgarrador, prorrumpimos en sollozos. . . .

—¡Abrazaos!—dijo Arabela.

Adelaida cayó sumisa y en completo aniquilamiento sobre mi corazón.

—¡No, no. . . ! Así no. . . !—añadió Arabela—Abrazaos bien, como para confundir en ese lazo vuestras dos existencias, ¡hermanos míos! . . .

Yo estreché entonces á Adelaida con efusión, exhalando un prolongado suspiro, mientras las sombras del dolor invadían nuestras almas, y mi salobre llanto se mezclaba, se confundía con la lluvia perlada y resonante que caía inagotable de su anublada pupila.

Al separarnos, el dolor de Adelaida tuvo una crisis espantosa. Las emociones supremas, causan desfallecimientos; y ella, á quien las fuerzas abandonaron, cayó anonadada en los brazos de Arabela. Como lirio tronchado por el huracán, inclinó la cabeza, y de su oprimido pecho, rebosantes de angustia, salieron estas palabras, las últimas que de sus divinos labios, fatalmente contraídos, impresionaron mis oídos:

—¡No más, no más, Dios poderoso!!!!

XXXIV.

Monté á caballo tan violentamente como me fué posible, y salí de la casa.

Los rayos del sol levante bañaban ya con luminoso fuego los rojos tejados y las cenicientas chozas; de aquellos, brotaban titilantes destellos, y éstas, nadaban en un polvillo ambarino, en tanto que el líquido espejo del cercano arroyo despedía chispas y ráfagas fulgentes que plegándose é intervalos, multiplicaban las irresistibles refracciones del astro rey y las desparramaban en todas direcciones. El aire estaba impregnado de aromas; los girasoles, las acacias en flor, las mimosas, el trébol y la embriagadora madreSelva saturaban la atmósfera con sus ambalsamados perfumes, que errantes se esparcían por todo aquel valle ameno, revelando al corazón doliente que la felicidad vive oculta y palpitante en la vida misteriosa de las plantas; que allí anida, como en asilo fecundo, y que de allí se exhalan sus gritos inarticulados, los aromas—idioma sorprendente de aquellas almas mudas—para decir á nuestra mente inquieta: “la misma esencia de tu ser, contiene la dosis de dicha que te corresponde en el concierto universal. ¡Insensato! ¡no la busques más, ni mayor, fuera de tí! Vive en la tranquila sencillez de tu origen. sin envidiar nada! ¡La gloria, es una quimera!”

Bebí, con los poros de mi alma, aquella profunda paz que rodeaba la estancia de mi virgen, y deteniéndome ante la plateada corriente del arroyo que se deslizaba al pié de su ventana, antes de vadearlo é interrumpir los ruidos suaves que producía como caricias:

—Hay horas—me dije—en que es tan grata la vida, que quisiera uno, como se pone la señal en las hojas de los libros, detenerla en ellas, y morir! ¡Ah! espíritu soñador y vacilante! ¡corazón ardiente, pero loco, comprimido por los dedos de todas las ambiciones, mecido por las alas de todas las esperanzas! ¿qué ser tan complejo y misterioso soy yo? ¿Será verdad “la divisa sagrada del budismo: *¡Paz eterna en el loto!* ?

XXXV.

Al dar vuelta al cercado, en la ventana de la sala que daba al Norte, y á cuyo pié corría el arroyo que había que vadear para tomar de nuevo el camino, ellas aparecieron otra vez ante mis ojos. ¡Nunca, madre Grecia, vieron tus campiñas dichosas destacarse á través de su poético horizonte unas siluetas más gallardas, más graciosas y más bellas!

Una atracción irresistible me llevó á su lado; me acerqué á la ventana, y entonces cada una me tendió su mano presentándome un ramo de flores. Adelaida, antes de entregarme las suyas, las llevó hasta sus labios; las perfumó con su aliento purísimo y las regó con sus sinceras lágrimas; despues, lentamente, como deseando prolongar aquel momento una eternidad, y sin despegar de mis ojos sus llorosas pupilas; sin desplegar sus labios, las dejó caer con todo y su mano helada por el dolor, entre mis convulsas manos. Eran unos lirios azules enlazados con unas guías de madreSelva y cuametate. ¡Última ofrenda de aquella virgen hechicera! ¡Treinta y tres años habéis dormido en el fondo de la gaveta que guarda sus cartas y todos sus divinos recuerdos; es:áis muertas, sin color, sin forma ya y sin aroma; pero inseparables de mí en las tremendas vicisitudes de la existencia, como el recuerdo perenne del ser immaculado que os comprendió de vuestros tallos, que os besó con pasión y que os confió tal vez un misterioso destino cerca de mi corazón y de mi vida mismal ¡Ah! ¡Quiera Dios que una mano piadosa os deposite, el día del sueño eterno, á mi lado, en el fondo también de mi humilde ataúd!

XXXVI.

Permanecí allí todavía unos instantes, y mi vista erraba absorta del semblante hermoso y desgarradoramente dolorido de aquellas pudorosas vírgenes, á las maravillas incomparables de la naturaleza espléndida que nos rodeaba. Respirábase fuego, que parecía deluido en aquella atmósfera enervante. La prepotente luz del sol, al filtrarse por entre los tupidos ramajes de las soberbias frondas, voluptuosamente acariciadas con besos de luminosa incandescencia, producía mil deliciosos efectos al herir las linfas del riachuelo. Era este un arroyo ancho, poco profundo y claro, formado por las aguas de la montaña; mitad río, mitad torrente, que deslizándose allí sereno y pacíficamente por un lecho de arena, y más allá murmurando sus quejas sobre rocas y peñascos, se precipitaba al fin en recia cascada al llegar al límite de la misma finca de campo, y se dirigía en una longitud de varios kilómetros hasta unirse con el caudaloso Ayuquila, que por aquella vasta zona lleva sus aguas hasta el mar Pacífico, por cerca de la laguna de Cuyutlán.

A los sentimientos de admiración, de piedad y de común angustia, se unía mi amor, sobreexcitado por la despedida, para retenerme en aquel sitio todavía, turbado, con los ojos inundados de lágrimas, nervioso, desfallecido, descontento de mí mismo y, sin embargo, embriagado por una rara felicidad: la de verla aún!

Cambiamos ella y yo ¡la última mirada! La que con la tenacidad de lo fatal aviva el desconsuelo de lo irremediable; esa mirada fija, intensa, indescriptible; en la que con los ojos se cambian esas

largas caricias del alma que nos obligan á creer tiernamente en ese *algo* imposible, pero necesario para nuestra tranquilidad: ¡lo infinito del amor humano! ¡Fué aquella mirada, la en que el kaleidoscopio del alma arrojó todos los recuerdos queridos de nuestra adolescencia, de nuestras ilusiones y de nuestro amor!

Aquel instante, era la puerta por la cual, al abrirse el largo paréntesis de la ausencia, nuestro soñado porvenir se precipitaba sin remedio hacia las sombras de un pasado que siempre recordaríamos con el llanto en los ojos y la pena en el corazón! ¡Allí se perdieron nuestras ilusiones en la eternidad misteriosa de una tumba que les cavó torpemente mi ambiciosa inexperiencia y mi candor pueril!

Después, volví la espalda y me alejé.!

XXXVII.

Cuando al doblar un recodo que hacía el camino, tuve forzosamente que volver la vista hacia donde había quedado Adelaida, ví todavía, al través de mis lágrimas, allá, muy lejos, en medio del fondo negro de la ventana, flotar unas alas blancas, su pañuelo, pregonando el ULTIMO ADIOS.

¡Alas blancas de la paloma de la dicha, de la felicidad sencilla, del amor inocente, allí os perdistéis para siempre ante mis ojos!!!

XXXVIII.

¡Oh, criaturas amantes! ¡vosotras que os entregáis por el corazón; que os sentís atraídas por la idealidad y la ternura! ¡qué dolor tan incomparable no sufristéis cuando al partir lejos del objeto amado, tuvistéis que romper esos lazos invisibles de la pasión, que destrozaban nuestra sensibilidad y que ajan y marchitan las flores de nuestra vida!

Después de haber caminado un gran rato, siempre con las lágrimas en los ojos y turbada la mente con la idea de que aquella ausencia fatal, daba vuelta, para no abrirse ya más, á la página más hermosa del libro de mi vida, se me acercó cautelosamente mi mozo, que era un viejo socarrón y palurdo, y poniéndome la mano sobre el hombro, me dijo:

—Amo, tiene razón de llorar: las tres mancebas son *bien lindas*; pero la que se desmayó no tiene *cuate*. (1) ¿Y cuál es su prenda?

—Esa misma—le contesté lacónicamente.

—Bien lo pensé yo; con razón *en mientras* su *mercé* estaba en la *conversa* con las otras, ella fué á sus cantinas y le puso el *bastimento*.

(1) igual.

Registré las cantinas, y efectivamente hallé un paquete forjado con esmero por sus hechiceras manos. Me abstuve de deshacerlo para averiguar lo que contenía, á fin de conservarlo incólume, por el mayor tiempo posible. Lo juzgué un objeto venerando, con todos los caracteres de un talismán sagrado. Al tocarlo ella, ¿no le había otorgado un cúmulo de dichas que sólo mi corazón tenía el derecho de envidiar? Esto me enterneció sobre manera. Por lo demás, hay momentos en la vida en que el aspecto ó la contemplación de los objetos más comunes, produce en el alma una emoción solemne.

XXXIX.

El quinto día de marcha, llegué á Guadalajara, lugar de mi destino. Me instalé de la mejor manera posible, y di principio á mis estudios. Pero por la noche, al quedar solo en mi habitación, un desfallecimiento y una angustia mortales se apoderaron de mi espíritu. Medí con la imaginación calenturienta el paso que acababa de dar, y tuve miedo de mi soledad, del abandono de los míos en que iba á vivir, y sobre todo de la distancia que se interponía entre Adelaida y yo. ¿Soportaría un año sin verla? ¡Imposible!

Entonces el dolor, con toda su rabiosa desesperación se apoderó de mí, y tuve una inspiración de loco; pensé en quitarme la vida para estar siempre cerca de ella! ¡Insensato! Por fortuna me calmé un poco, y tendido sobre mi lecho, comprobé la exactitud de esta bellísima estrofa del poeta Don Liborio Crespo:

“En medio de la noche, ¡qué risueño
Surge el pasado! Los recuerdos lloran
Y en el ala de cisne del ensueño,
Se acarician las almas que se adoran.”

Todos los sucesos de mi sobreexitada existencia de aquellos días, todos los incidentes de mis amores dulcísimos, todas las vicisitudes y penalidades de nuestra tremenda separación, en rápido conjunto desfilaron ante mi memoria, como los cuadros maravillosos de un vitascopio soberbio: con toda la pasmosa verdad de su congruente sucesión. Entonces Adelaida, se engrandecía inmensamente ante mi imaginación. Su incomparable belleza se acentuaba de manera prodigiosa, sorprendente, y todo su ser angelical y adorable, tomaba en mi espíritu idealidades supremas. No era ya la amada de mi corazón en la aurora de los sueños y de la vida; no, era el genio del candor, el tipo singular de la belleza sobrehumana. Sí; porque Adelaida, el amor del niño, la adoración ferviente del púber, se perdía hechicera, inmaculada y divina, allá, entre los recuerdos sugestivos del suelo que me vió nacer! ¡De allí en más, iba á ser: ¡la virgen de mí aldea!